

Ofelia Rodríguez Acosta

LA VIDA
MANDA
Y OTROS TEXTOS

*Edición
Madeline Cámara*

∞ - STOCKCERO - ∞

Selection, introduction, & notes © Madeline Cámara
Correction: Mariela Orama
of this edition © Stockcero 2018
1st. Stockcero edition: 2009

ISBN: 978-1-934768-96-9

Library of Congress Control Number: 2018948312

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

Ofelia Rodríguez Acosta

LA VIDA
MANDA
Y OTROS TEXTOS

*Edición
Madeline Cámara*

INDICE

Introducción	vii
INTRODUCCIÓN A LA PROSA DE OFELIA RODRÍGUEZ ACOSTA: NATURALISMO, FEMINISMO, MISTICISMO.	vii
EL DECÁLOGO DE OFELIA.	xvi
1-«MUJER: DESEARÁS LA IGUALDAD»	xvi
2-«MUJER: PARTICIPARÁS EN LA VIDA POLÍTICA»	xvii
3-«MUJER: CULTIVA LA SUPERIORIDAD ESPIRITUAL»	xx
4-«MUJER: NO TE SUJETARÁS AL MATRIMONIO»	xxii
5-«MUJER: BUSCARÁS TU PLACER»	xxii
6-«MUJER: ENGENDRARÁS POR TI MISMA»	xxvi
7-«MUJER: DEFENDERÁS A TUS HIJOS»	xxviii
8-«MUJER: NO RECHAZARÁS AL HOMBRE»	xxix
9-«MUJER: NO TE SOMETERÁS A LA RELIGIÓN»	xxx
10-«MUJER: CONDENARÁS LA GUERRA»	xxx
POSTSCRIPTUM PARA UN DECÁLOGO.	xxxii
CRÓNICAS DE UN VIAJE SIN REGRESO	xxxii
Bibliografía.....	xlv
Apéndice.....	li
LA VIDA MANDA	
I.....	1
II	21
III.....	37
IV.....	53
SEGUNDA PARTE	
I.....	67
II	73

III.....	81
IV.....	91
V.....	99
VI.....	107

TERCERA PARTE

I.....	115
II.....	121
III.....	133
IV.....	139
V.....	147
VI.....	159

OTROS TEXTOS

«La construcción de un hijo»	169
«Rebasando el Feminismo»	175
«Tetuán».....	179
«La muerte pura de Martí»	183
«Agonía»	189

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN A LA PROSA DE OFELIA RODRÍGUEZ ACOSTA:
NATURALISMO, FEMINISMO, MISTICISMO.

MADELINE CÁMARA. University of South Florida

Para Susana Montero,
por abrir el camino.
In Memoriam

Hace justo una década dediqué a esta autora un capítulo de mi libro *Cuban Women Writers: Imagining a Matria*, (New York, Palgrave: 2008) sobre mujeres cuyas obras reescribían la nación cubana. Ofelia merecía un lugar entre ellas bajo el epíteto de «la utópica». ¿Por qué reeditar ahora en 2018 la más conocida y polémica de sus novelas: *La vida manda*, junto a una selección de otros textos significativos? ¹ Porque veo con satisfacción que en esta década ha comenzado a rescatarse su figura y comienzan a multiplicarse los estudios sobre su obra, muchos de los cuales me han ayudado a reescribir estas páginas que hoy presento gracias al interés de la casa editorial Stockero. Coincidimos el editor y yo en ampliar la muestra a disposición e incluimos textos periodísticos de dos etapas diferentes: el primero, «Rebasando el Feminismo» del año 1931, es parte de su «Campaña Feminista» en *Bohemia* e ilustra su agenda como activista dentro del movimiento feminista cubano de la época: mientras que el

1 La primera edición se hizo en Madrid en 1929 a la que siguió rápidamente una segunda edición en 1930 por la misma casa, la Editorial Biblioteca Rubén Darío; una tercera salió bajo la colección Mariposa de la Editorial Oriente, en Cuba, en 2008, con un prólogo de Zaida Capote; la nuestra sería entonces la cuarta edición en español.

segundo, «Tetuán», revela su curiosidad intelectual como mujer viajera cuando, con una beca del gobierno, realiza una gira por Europa y el Norte de Africa en el año 1936 y escribe una serie de crónicas que publica en la revista *Graphos* y luego como libro: *Europa era así* (1941). Se presentan también dos cuentos separados por casi tres décadas: «La concepción de un hijo» (1930) y «Agonía» (1957²) que demuestran la evolución de estilo y temas en la autora; y un ensayo «La muerte pura de Martí» (1953) que ejemplifica la tendencia al misticismo de su última etapa. Con esta selección, y a través de nuestro estudio introductorio, esperamos estimular futuros análisis comparativos de los diferentes géneros de prosa que cultivó esta mujer osada en la vida, la actividad política y la creación literaria que valientemente advirtió: «La mujer nueva no ha dicho aun su palabra, ni ha tenido aun su gesto. El feminismo, tan ridiculizado, tratado aun hoy día con tanta ligereza, ha de traer a la humanidad por su vehículo, la mujer, una verdad de una trascendencia incalculable para la vida.» (*Bohemia*, 18 de mayo de 1930) Convencida estoy que tenía razón y por eso es mi privilegio presentar su obra.

Permítaseme comenzar citando de una entrevista publicada en *Bohemia* por la periodista Berta Arocena de Martínez Márquez, fundadora del Lyceum Lawn and Tennis Club³. Su título «Ofelia Rodríguez Acosta: la novelista que venció a la mujer:»

El doctor Rodríguez Acosta —magistrado al fin— interrumpe con su llegada aquella defensa [se refiere al alegato de Ofelia Rodríguez Acosta, su hija, en favor de su personaje Gertrudis. MC].

El cigarillo que se consumía en los labios de la valiente escritora describe una trayectoria de proyectil a través de la ventana abierta.

A poco que se ha marchado el padre, Ofelia nos explica:

—No le gusta que fume. Trato en lo que puedo de complacerlo
Sonreímos (22/ 16 /1930: 9)

2 El libro en que aparece *Algunos cuentos (De ayer y de hoy)* es del año 1957, pero al pie de este cuento aparece la fecha 1954.

3 El Liceo fue fundado el 1 de diciembre de 1928, gracias a los esfuerzos de Berta Arocena y René Méndez Capote. Más tarde tomó el nombre Lyceum Lawn Tennis Club, con sede en la Calzada y 8 en El Vedado, la Habana. Los objetivos del Liceo en su momento fueron, según cita Stoner: «To foment a collective spirit among women, to facilitate an interchange of ideas, and to generate beneficiary activities.» En palabras de la estudiosa: «The Lyceum favored votes for women, lobbied Congress, and funded feminist and socialist lectures in Havana» (74). Figuras importantes que contribuyeron al Liceo fueron Ofelia Rodríguez Acosta, Mariblanca Sabas Alomá, Ofelia Domínguez, Fernando Ortiz, Raúl Roa, Lydia Cabrera y Carlos Márquez Sterling, entre otros.

No es necesario aclarar *who is who*: el Padre al que hay que respetar, la escritora que busca subvertir, y la amiga/colega feminista que trata de apoyar y comprender. En la escena veo encarnados los personajes y contextos que conformaron la vida de Ofelia de la Concepción Rodríguez Acosta García a quien en las páginas siguientes llamaremos por las siglas que la hicieron conocida en su época, ORA, o simplemente por su nombre propio: Ofelia. A un nivel alegórico en el resto de mi texto se sigue aludiendo a los símbolos configurados en esta entrevista. El lugar del Padre en mi ensayo lo ocupan las referencias a un momento clave de la sociedad cubana, que aun siendo patriarcal como lo es hasta el sol de hoy, gozó sin embargo de un fermento cívico–revolucionario cuya naturaleza no volvió a repetirse en nuestra historia. Y el lugar de la hija y la amiga lo reproducen las organizaciones feministas que exhibían por entonces de una variedad y pujanza nunca superadas. Todo ello explica que en estas décadas (1923-1943), simultánea y no paralelamente, se desarrollen movimientos intelectuales que buscaron sacudir la dormida conciencia nacional y que, provenientes de las filas intelectuales, hayan sabido representar intereses de grandes masas como fueron las mujeres y las clases trabajadoras: hablo del Feminismo y del Minorismo⁴, proyectos que se cruzan en la vida de otra gran desconocida Mariblanca Sabas Alomá.⁵

Dentro de este escenario, se desarrolló la obra de una de las más destacadas figuras intelectuales de la época republicana en Cuba, una escritora que gozó de una increíble visibilidad pública y una impac-

4 Entre los años 1920-1923 comenzó a reunirse el que luego se llamó «Grupo Minorista.» Lo integraban intelectuales de diferentes sectores, en su mayoría escritores, que estaban interesados en dar un vuelco a la cultura cubana a la vez que participan en la vida pública con una actitud crítica frente a los gobiernos republicanos de Alfredo Zayas y Gerardo Machado. Asimilaron creativamente las corrientes de la Vanguardia y en el plano literario fueron responsables de la revolución del género ensayístico en Cuba. El grupo se declaró disuelto en 1929, luego de la fuerte represión machadista. Entre otros de sus miembros figuran: Fernando Ortiz, Alejo Carpentier, Rubén Martínez Villena, Mariblanca Sabas Alomá, Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Marinello, María Villar Buceta y Jorge Mañach. Para más información consúltese de Ana Cairo: *El grupo Minorista y su tiempo*. La Habana. Editorial Ciencias Sociales, 1978.

5 Mariblanca Sabas Alomá (La Habana 1901-1983) Destacada periodista cubana, activista feminista, autora del libro de ensayo *Feminismo: cuestiones sociales-crítica literaria* (La Habana: Hermes, 1930) Para más información sobre su obra véanse Stoner y Montero. También el artículo de María Elena Capo Ortega «Mariblanca Sabas Alomá: mujer y periodismo republicanos» *La Gaceta de Cuba* 1. (2004): 58–62. Una reciente publicación que podría ser indispensable para estudios de género en este periodo de la cultura cubana es el libro de Jorge González Pagés: *Historias de mujeres en Cuba*. Editorial Ciencias Sociales, 2003. Sobre las periodistas, tengo conocimiento de un libro de Ana Nuñez Machín: *Mujeres en el periodismo cubano* que incluye a Sabas Alomá pero no a Rodríguez Acosta (Cf. Fleites–Lear)

tante agencia social. Si alguna duda cabe de su importancia en el ambiente intelectual cubano de las décadas del 30 al 40, sépase que *Bohemia* le concedió una de sus portadas que, junto a una bella foto de la autora, se publicó con la siguiente nota:

Ofelia, nuestra Ofelia, es todo un programa de vitalidad ideológica, perennemente inquieto, flamante y optimista como una bandera que se yergue sobre los incógnitos del porvenir. Es la mujer de hoy que ha logrado libertarse de las cadenas del prejuicio, pasando su espíritu y su pensamiento más allá de los soportes anquilosantes de la tradición [...] Por eso, no como una galantería vana que ella abomina, sino como un símbolo que enaltece nuestra patria y a la patria grande, la humanidad, Ofelia Rodríguez Acosta aparece en la puerta de esta institución que se llama *Bohemia* («Nuestra portada. Ofelia Rodríguez Acosta» 06/19/1930:10)

De esta misma mujer hasta hoy la crítica especializada no ha podido decir con certeza como pasó sus últimos años en una de esas paradojas que acompañan la trayectoria de las figuras femeninas en la Historia. Sí sabemos que Ofelia Rodríguez Acosta nació en Pinar del Río, la más occidental de las provincias cubanas, en la ciudad de Artemisa⁶, cuyo nombre pareciera ya una premonición de los valores que ella honraría. La mayoría de sus principales estudiosos Montero, Bejel, Stoner, Capote y Menéndez concuerdan en la fecha: 1902: mientras que De Jongh ofrece 1906. Más controversial es el lugar de su muerte, ¿La Habana o Ciudad México? , no así la fecha: 1975 en la que todos concuerdan.

Diferentes versiones se han ofrecido. Montero, pionera en los estudios sobre ORA hechos después del 59' –a quien sigue la bibliografía sobre la escritora publicada en Cuba posteriormente– habla de la muerte de ORA como ocurrida en La Habana, basándose en informaciones orales. Nos dice que regresa de México, donde residía desde 1940, luego del triunfo de la Revolución Cubana en 1959⁷. Por otra parte, también ba-

6 Es un placer encontrar en el web *EcuRed* información bastante detallada sobre ORA, incluyendo una amplia bibliografía sobre lo que se publicó sobre ella en su época. Esta información tiene como fuente al museo municipal de esa ciudad (hoy llamada municipio en Cuba) y al historiador de la misma, Rolando García Blanco. Es de imaginar que el museo conserva y honra su memoria.

7 En el texto de Fernández de la Vega se afirma que «regresó en el 53» y lo corrobora pues cita la carta que ORA le escribió a Frank Vallhonrat, fechada en La Habana, el 21 de enero, de 1954, con el día corregido de puño y letra de la autora. En la misma ella afirma, en la que escribe que ha llegado a La Habana «el 20 de dic.» pero que piensa regresar a México «a principios de marzo.» (pp.10-11) Coincido con Fernández de la

sándose en fuentes orales, Stoner opta por situar el lugar de su muerte en México y algunas enciclopedias (Cf. Rappaport) en Estados Unidos la han seguido.⁸ Bejel da cuenta de ambas opciones sin tomar partido por ninguna. Afirma Zaida Capote, quien refiere a un certificado de defunción y a un obituario en la prensa cubana⁹ que ORA muere en La Habana y aquí pasó sus últimos años en el Asilo Santoenia. De Jongh es la única que ofrece un testimonio escrito de un escritor contemporáneo de ORA para ubicar su muerte en La Habana¹⁰ y por eso me decanto por este escenario sobre el que volveré luego. En todos los recuentos, en una ciudad o la otra, se afirma que murió internada en una institución para enfermos mentales¹¹. Muy pocos datos personales se obtienen: sabemos que fue hija de un magistrado, que tuvo una hermana escritora que firmaba bajo el seudónimo de Hortensia de Varela, pero nada he encontrado sobre su madre...¹² Solo son indispu-

Vega en que esta carta es fundamental para entender la evolución estilística e ideológica de la escritora, sus criterios sobre la creación artística, su ética de trabajo y sus últimos años de vida por eso la ofrecemos como apéndice en esta edición.

- 8 En el momento de investigación de mi libro (octubre, 2002) me comuniqué por email con ambas autoras y ambas me dijeron que sus fuentes fueron orales. Stoner señaló informantes en Miami; Montero, en La Habana pero no ofrecieron nombres.
- 9 Capote 2011, nota 1.
- 10 Elena De Jongh remite a lo que me parece ser la fuente más confiable en este aspecto de la vida de la escritora. Su cita bibliográfica lee: «Oscar Fernández de la Vega. Recuerdo de Ofelia Rodríguez Acosta (1902-1975). Nueva York: Parque Nacional, 1985». En mis propias búsquedas bibliográficas, he encontrado un folleto de Fernández de la Vega, que contiene la misma cita, usada por De Jongh, pero el título es: «De Ofelia Rodríguez Acosta a Frank Vallhonrat, dos narradores excepcionales de entreguerras en Cuba: una carta reveladora hace 30 años.» (Forest Hill, Nueva York: Parque Nacional, 1985) En la página final se lee, escrito a máquina: «En recuerdo de OFELIA RODRIGUEZ ACOSTA a los diez años de su muerte: el 28 de JUNIO de 1975 1985» (sic) por lo que pienso que debe tratarse del mismo texto. Cito de dicho folleto aquí y dentro del texto: «Profesores, críticos, historiadores y periodistas la hemos excluido (¿ignorancia supina?) de crónicas y recuentos, alejada como estaba ella de nuestro ambiente republicano final. Regresó en el 1953; se aisló sin las consideraciones merecidas, dejó de imprimir después de que la fatal catástrofe suspendió pensiones, fue víctima de la amnesia (además) y murió en Santoenia, el 28 de Junio de 1975» (p.12)
- 11 Sobre su salud en este tiempo también hay debate: En el sitio de internet EcuRed se afirma que «perdió la vista y quedó inválida;» Capote (2011: 1) se refiere a que el certificado de defunción menciona como causa de su muerte «una bronconeumonía,» en su ensayo; Fleites–Lear rebate que Santoenia sea considerado como asilo mental, sino solo como hogar para «ancianos desamparados» pero esto no prueba mucho sobre la condición particular de ORA. (2015: 37)
- 12 Al final de la primera etapa de investigación de este trabajo encontré en un sitio de internet (genforum.genealogy.com/cuba/page8/html) accedido en Marzo 25 del 2008, una desesperada nota de una persona llamada Concepción Rodríguez que se identificaba como sobrina de Ofelia y pedía información sobre ella y su familia, al no poder comunicarse con ellos por vivir fuera de Cuba desde hacía muchos años. El mensaje databa del 2000 y sólo había recibido en ese fórum una respuesta que sugería a Concepción dirigirse a los fondos de la Colección Cubana de la Universidad de Miami. Diez años después cuando retomo este trabajo, vuelvo a encontrar una nota de

tables los datos compilados sobre sus textos y su labor como activista feminista. Entre sus publicaciones se encuentran siete novelas, un libro de cuentos, varios de crónicas y ensayos y una obra de teatro que algunos estudiosos sólo mencionan.¹³ A ello debe sumarse una copiosa labor de articulista que se divulgó en revistas como *Bohemia*, *Carteles*, *Social y Grafos*, principalmente, así como los periódicos *Diario de la Marina* y *El Mundo*; sin olvidar que fundó y dirigió su propia revista: *Espartana* (1927)¹⁴. Fue miembro activo del «Club Femenino de Cuba» desde 1923 hasta 1928, y también perteneció brevemente a la Unión laborista de mujeres. Luchadora anti-machadista comprometida, fue una promotora activa del llamado «Frente único» que finalmente dio al traste con este gobierno.¹⁵

Mi interés en la obra de Rodríguez Acosta nació de la lectura de su periodismo directo, agitador y apasionado. Luego, exploré algunas de sus obras narrativas para encontrar, esta vez hecha carne en la ficción mediante conflictos y personajes, las tesis centrales de su discurso ensayístico. Definitivamente, esto orientó mi estudio hacia una perspectiva comparativa entre ambos tipos de escritura tratando de detectar la diferencia en la similaridad, la estrategia textual que permite la transformación del concepto en forma artística, y como dicha forma actúa activamente sobre la conceptualización, dialogizando lo que a veces en el artículo de opinión resultaba dogmático. En ese sentido, me ha parecido sugestivo contrastar la presentación de un mismo tema bajo diferentes formas de lenguaje: el denotativo del periodismo, el connotativo de la ficción. Todo esto, sin olvidar que la interpretación de las ideas de Rodríguez Acosta, tiene siempre que

la sobrina de Ofelia dando las gracias a Zaida Capote por el artículo que esta publica en «La Ventana,» portal; virtual de la Casa de las Américas que cito en mi bibliografía. En su mensaje a Capote, la sobrina da las gracias por la información recibida sobre su tía. Me satisface mucho que la encuesta que lanzó Concepción haya llegado a buenos resultados.

- 13 Se trata de «La ilusa»: Montero citando a Gay Galbó informa que la obra es un drama inédito en tres actos «de dudoso valor literario» (p.40) y Unruh (p.238, nota 30), señala que es del año 1925. Sería muy interesante recuperar este texto e incorporar el análisis del mismo a los recientes estudios comparativos sobre ORA pues se podría tratarse de un «experimento» temprano con el uso de las voces de la ficción como portadoras de su ideología.
- 14 Sólo alcanza a publicarse un par de números en los meses de enero y febrero de 1927.
- 15 «Frente Único» se le llamó a la amplia coalición de fuerzas sociales que se unió para enfrentar al gobierno de Gerardo Machado pidiéndole su renuncia en el año de 1930. Ofelia Rodríguez Acosta publicó un artículo titulado «Frente único» el 28 de Dic. en *Bohemia* donde afirmaba «El Frente Único lo integra toda Cuba [...] Basta ya de despotismo y de sangre» (15)

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Nancy y Mirta Yañez. *Damas de Social. Intelectuales cubanas en la revista social*. La Habana: Ediciones Boloña, 2014.
- Bejel, Emilio. *Gay Cuban Nation*. Chicago and London: Chicago UP, 1990.
- Cámara Betancourt, Madeline. «The Feminist Discourse of Ofelia Rodríguez Acosta: Garzona o Espartana? *Cuban Women Writers. Imagining a Matria*. New York: Palgrave, 2008: 19–52.
- Capote Zaida. «Prólogo» *La vida manda*. Santiago de Cuba. Colección Mariposa. Editorial Oriente, 2008: 9–18.
- _____. «Ofelia Rodríguez Acosta en tres espacios de divulgación feminista.» Boletín semanal de *La Ventana*. Portal informativo de Casa de las Américas.
- _____. «Escritores olvidados de la República: Ofelia Rodríguez Acosta.» (<http://www.fundacioncarpentier.cult.cu>)
- EcuRed. Conocimientos con todos y para todos*. «Ofelia de la Concepción Rodríguez Acosta García.» (<https://ww.ecured.cu>)
- Fernández de la Vega, Oscar. Ed. *De Ofelia Rodríguez Acosta a Frank Vallhonrat, dos narradores excepcionales de entreguerras en Cuba: Una carta reveladora*. New York. Forest Hill, 1975.
- Fleites-Lear, Maricela. «Transgresiones cubanas: Ofelia Rodríguez Acosta y la mujer/nación independiente y lesbica.» *Revista de Filología de la Universidad de Costa Rica*. 41.2 (2015): 35–51.
- Foucault, Michel. «What is an Author?» *Language, Counter–Memory, Practice*. Ithaca, NY: Cornell UP, 1997, 124–127.
- González Pagés, Jorge. *Historias de mujeres en Cuba*. Editorial Ciencias Sociales, 2003.
- Ichazo, Fernando. «Letras» (*La vida manda* por Ofelia Rodríguez

- Acosta, Editorial «Rubén Darío», Madrid, 1929) *Revista de Avance* Dic 15. 1929: 371–373
- Jongh de, Elena M. «Gender and Controversy: Cuban Novelist Ofelia Rodríguez Acosta» *SECOLAS Annals*. Vol. XXIII. March, 1992: 23–35.
- _____. «Feminismo y periodismo en la Cuba republicana: Ofelia Rodríguez Acosta y la campaña feminista de *Bohemia* (1930–1932)» *Confluencia* 11.1 (1995): 3–13.
- Menéndez, Nina. «Garzonas y feministas cubanas en la década del '20: *La vida manda*, por Ofelia Rodríguez Acosta.» *Sexo y sexualidades en América Latina*. Ed. Daniel Balderston y Donna J. Guy. Barcelona: Paidós, 1998: 257–275.
- _____. *No woman is an island: Cuban women's fiction in the 1920s and 30s*. Diss. Stanford U, 1993. Ann Arbor: UMI, 1993. 9309640.
- Montero, Susana A. *La narrativa femenina cubana 1923–1958*. La Habana: Editorial Academia, 1989.
- Moi, Toril. *Sexual/Textual Politics: Feminist Theory*. London; New York: Methuen, 1985.
- Morelli, Rolando. Prólogo: «Pórtico a *Posteriori*» *Agonía y otros cuentos*. Philadelphia: Ediciones La Gota de Agua, 2010: 9–17.
- Ortiz–Loyola, Beatriz. «Ofelia Rodríguez Acosta and the Quest for National Solidarity in Cuba.» *Hispania*. 98.4 (2015): 689–700.
- Rappaport, Helen. *Encyclopedia of Women Social Reformers*. Santa Bárbara, CA; Oxford: ABC–CLIO, 2001.
- Rodríguez, Acosta Ofelia. *Evocaciones*. La Habana. Grafical Arts, 1922.
- _____. «Apuntes de mi viaje a Isla de Pinos» La Habana: Montiel, 1926.
- _____. *El triunfo de la débil presa*. La Habana: Bonza, 1926.
- _____. *La vida manda*. Madrid: Biblioteca Rubén Darío, 1929.
- _____. *Bohemia* (La Campaña Feminista 1930–1932).
- _____. «La construcción de un hijo» *Bohemia*. Sept 7. 1930: 4, 5, 22, 52.
- _____. *Dolientes*. La Habana: Herneo, 1931.
- _____. «La tragedia social de la mujer: La Habana: Editorial Génesis, 1932.

- _____. *En la noche del mundo*. La Habana: La Verónica, 1940.
- _____. *Europa era así. Crónicas de viaje*. México. Ediciones Botas, 1941.[Estas crónicas aparecen antes de modo continuo en la revista *Graphos* (enero–diciembre 1936 . Nota de la editora)]
- _____. *Sonata Interrumpida*. México: Editorial Minerva, 1943.
- _____. *La dama del arcón*. México: Ediciones Estela, 1949.
- _____. «Diez mandamientos cívicos (cinco éticos y cinco estéticos)» La Habana. Imp. Barandiaran, 1951.
- _____. *Hágase la luz. La novela de un filósofo existencialista*. México, Impresora Galves, 1953.
- _____. «La muerte pura de Martí.» México, Imp. De F.F. Francia, 1955.
- _____. *Algunos cuentos (de ayer y de hoy)*. México, B. Costa-Amic. 1957.
- Sabás Alomá, Mariblanca. *Feminismo: Cuestiones sociales-Crítica literaria*. La Habana: Editorial Hermes, 1930.
- Sarlo, Beatriz, Sylvia Molloy, Sara Castro-Klarén, eds. *Women's Writing in Latin America. An Anthology*. Boulder: Westview Press, 1991.
- Stoner, Lynn K. *From the House to the Streets: The Cuban Women's Movement for Legal Reform, 1898–1940*. North Carolina.: Duke UP, 1991.
- Unruh, Vicky. «Acts of Literary Privilege in Havana: Mariblanca Sabas Alomá and Ofelia Rodríguez Acosta.» *Performing Women and Modern Literary Culture in Latin America*. Austin: Texas UP, 2006: 135–164.
- Woolf, Virginia. *Three Guineas*. San Diego, CA. Harcourt, Brace, Jovanich, 1966 [Orig.1938].
- Zambrano, María. «Martí, camino de su muerte.» *La Cuba Secreta y otros ensayos*. Ed. Jorge Luis Arcos. Madrid: Ediciones Endymion, 1996, 141–146.

APÉNDICE

La Habana, Enero 15 de 1954*

Mi muy estimado amigo y compañero Vallhonrat: recibo en la Habana, a donde llegué al 20 de Dic. pp. ,su carta remitida a México, y que la persona que dejé encargada de mi correspondencia me reexpide. Grátisima sorpresa, por tantos conceptos, después de varios años de silencio por su parte.

Ahora vengo a agradecerle vivamente su gentil opinión de "La Dama del Arcón" y los "Diez Mandamientos Cívicos", que en oportunidad de sus respectivas publicaciones, le había enviado. Por toda su amable y afectuosa carta llego al reconocimiento de que no he visto nada más fiel que su silencio. Como toda paradoja, esto contiene un fuerte nudo de verdad; silencio de trabajosa fidelidad, el suyo. Silencio, que es pista: la pista de mi trabajo, constante y cordialmente visualizada por usted. ¡Cuánto me conmueve su interés cultivado en tan callada lejanía!

Llego a Cuba con un nuevo libro. Bueno, la verdad es que todavía estoy esperando esa cartera da 35 ejemplares que me dijeron habían salido hace ya un mes, 5 ó 6 días antes de embarcar. Es otra novela. Ah, Vallhonrat, en las complicaciones y dificultades en que me meto. Acaso mi única virtud como artista -so-

brentendida, claro está, mi inculdicable honradez- sea la da buscarme, precisamente, cosas difíciles que hacer. He procurado siempre que mis obras, en cuanto a novelas se refiere, sean diferentes. Detesto el repetirme. Creo que lo he logrado, al fin. Mis siete novelas, me parece son totalmente distintas entre sí.

Vayamos a esta séptima... He querido llevar la filosofía a la novela, intentando que sea las dos cosas. En ella rebato el Existencialismo de Sartre, sin referirme a las otras ramas, épocas y autores de dicho Existencialismo. Se intitula "Hágase la Luz". No combato a Sartre desde ninguna doctrina opuesta a la suya; en cuanto al articulado de ella en cuestión: me limito -o me extiendo- a defender la Vida y el Hombre y la Libertad, que él desacredita tan drástica, definitiva y falsamente. Para lograrlo, me dirijo a poner de manifiesto todas las contradicciones. Las del filósofo, el escritor y el político. Las de cada uno en sí y con relación al otro. El protagonista, filósofo existencialista, es catedrático de Filosofía en la Universidad, es el propio autor de la obra de Sartre.

Como ve, por este avance, trabajo duro. No importa que se me haya olvidado bastante, y se me pretenda ignorar. Cuantitativamente, cuan-ti-ta-ti-va-men-te, he trepado con grandes fatigas al puesto de primer novelista da mi patria, indiscutible, en cuanto a mujeres. Por descuido de otros, no estoy al corriente de la producción novelística aquí a

LA VIDA
MANDA

Nuestro derecho a discutir las
teorías de la Vida, lo ahoga el
deber de vivir la Vida.

MARIA VILLAR BUCETA

I

Llovía de una manera implacable, verticalmente; una pegajosa humedad, acumulada de lluvias anteriores, levantaba en el aire olor de tallos y de hierbas remojadas. Como fustigazos³⁵ de fuego rompían, en el cielo gris y rojizo, los relámpagos. En la humedad³⁶ de la noche, los árboles se apocaban, llorándoles las hojas que el rayo, desde lo alto, estremecía de pavor.

En el soportal de la casa, don Esteban y Gertrudis se asoman inquisitivamente.

—¿Le ha calado el agua, padrino?

—No la hemos dado tiempo. Mira aquí, estas gotas cómo resbalan por el gabán. ¡Ya quisiera yo sentir las en la carne! En la desnudez completa del cuerpo, como cuando era niño.

—Súbase la solapa, y no alardee: que va usted a enfermarse.

—Es verdad, y sería un lujo para nosotros.

Los faroles del alumbrado se veían borrosos, y su claridad amarilla se perdía como una remembranza en la imprecisión del turbio paisaje. Toda la noche se había roto en aguacero. Torrentosamente bajaba el agua de las aceras, calles y jardines, como un revuelo de faldas. Los golpes de la lluvia en los tejados tenían un eco triste en aquella aciaga hora de la Naturaleza; hora aturdida, loca, que iba dando tumbos de puerta en puerta, zarandeada por el viento.

—¡Calada estás, Gertrudis!

—¡Psh!... Pero no por dentro, padrino. Son mis cosas, ¿sabe? ¡Se me ocurren a veces pensamientos tan disparatados! Además, sufro. Sufro, sí, por este egoísmo de los hombres que... deja a la Naturaleza en la inclemencia.

35 Neologismo de la autora

36 Neologismo

—¡Bah!, ¡bah! ¡Fantasías! ¡Fantasías tuyas!

—Sí ; he dicho una barbaridad, padrino, ¿no ?... En fin, ¿qué quiere? Yo me entiendo...

—Y yo no te entiendo, ¿es así? Tú quisieras que la gente se lanzase ahora a la calle a levantar un toldo a la altura del Morro³⁷ para que no se constiparan los árboles. ¡Ah, Gertrudis! ¡Cosas raras las que se te ocurren! No sufras tanto, la pulmonía se sacia en los hombres.

—Búrlese usted. Por algo yo no hablaba. Y es el caso que también discurría, que estos disturbios de los elementos conviene a la vida de la Naturaleza, y bueno... A usted no le interesan mis incongruencias. ¡Mala crianza suya, no dejarme nunca sola con mis pensamientos!

—Porque te hacen daño.

—Yo no tengo la culpa, si no encuentro otros mejores a mi alcance.

—Tienes razón; por eso voy a higienizarte un poco la sensibilidad. Vamos a ver dime todo tu pensamiento, pero, todo ¿eh? No se te quede nada por decir.

—Va usted a reírse de mí, y tengo un gran dolor.

—Acaso mi risa destruya tu dolor.³⁸

—¿Cree usted justo que ese pobre rosal que se ve en sombra, padezca tanto bajo la lluvia, mientras en el interior de las casas alguna planta de salón esté bien resguardada?

—No; no es justo. Pero ¿vas a pedir tú justicia ahora? ¡Peregrina idea! ¿Ves como tenía razón al achacar tu mal humor a tu fantasía?... Son atisbos socialistas. Mira cómo también yo disparato. No quiero parecer lerdo a tu lado. Además, si fueras a preguntarle a esa planta de salón, puede que le oyeras pedir a gritos la suerte de esa vida salvaje a la intemperie del cielo.

—¡Qué fastidio de lluvia!

Don Esteban, recostado en la baranda que dividía un soportal de otro, sonrió imperceptiblemente debajo de su gorra, calada hasta los ojos.

«¡Qué fastidio de lluvia!», había dicho Gertrudis, y el anciano comprendió el voltaje del pensamiento. «Lo mejor es dejarla olvidar», se dijo, y calló.

Gertrudis anduvo de aquí para allá. De pronto entró en la casa.

37 El Castillo de los Tres Reyes del Morro, La Habana Vieja, Cuba – su construcción concluyó en 1630.

38 Esta frase no se encuentra incluida en la versión del 2008.

Don Esteban tosió, se echó el bastón al hombro y escrutó la noche. Los ojos bondadosos del viejo se apagaban, se achicaban en el esfuerzo visual. Las cejas espaciadas, agudas, le levantaban en el borde inferior de la frente una pelambre agresiva. La nariz se le arraigaba –tal que un arado en la piel terrosa de su cara– en las dos profundas arrugas que ponían sobre su boca listada, imperceptible, un acento cincunflejo.

El mentón era como una pala de granito que resistía a las irónicas claudicaciones de los ojos. Rebelde, tenaz, avanzaba al encuentro de la declinación de la nariz, como una arista viva, como un bravío pico de roca. Y en la hondonada, en el hueco de este paréntesis, la boca suave, apenas labiada, era todo un gesto de resignación, en el que flotaba el blanco pañuelo de su sonrisa.

Sobre el hombre de guerra que había sido don Esteban, el tiempo había echado, pegándolo, adhiriéndolo a todo él, el hombre de paz que hoy era. En el horcón de su voluntad luchadora, la vida le había abierto hendiduras de dulcedumbre³⁹. De toda su abundante verborrea juvenil, le quedaba ahora aquella manía inocente de proferir en tono sentencioso paradojas ingenuas, frases de mediterránea novedad, en las que creía resumir, en una lección para Gertrudis, toda su experiencia, toda su filosofía.

Gertrudis volvió junto a él. Traía una varilla en la mano. Se fue⁴⁰ al jardín y apuntaló el rosal, amarrándolo con el cinturón de la tela de su vestido, que desgarró seguidamente, y tornó junto al anciano.

—¿He hecho bien? —preguntó con timidez.

—Habría que preguntárselo al mismo rosal. Una buena acción no favorece siempre al que la recibe, y a menudo perjudica al que la hace. Pero, te has mojado, Gertrudis.

—Un poco, sí. ¿Y si supiera, padrino, que me atrae la lluvia?

—¿Has gozado?

—Sí; y comprendo ahora que la hierba ame y necesite la lluvia.

—Tu carne huele mejor. Tus brazos están ateridos, y tu regazo debe estar tibio lo mismo que el seno de la tierra.

—Padrino: ¿dice usted peores cosas que yo!

—Porque en ti habla la sensibilidad, y en mi ser su educación.

39 Neologismo

40 El 29 de mayo 1952, la Academia Española acuerda suprimir el acento de fue, lo cual entra en vigor en septiembre del mismo año. El monosílabo fue lleva acento en la novela original pero lo hemos eliminado. La edición de 2008 también.

—¿Vendrá Antonio con esta noche tan fea?

—Vendrá.

—¡Qué convicción! Usted le quiere mucho.

—¿Y tú?

—También, ¡claro!

Y Gertrudis hundió su mirada en la noche. Se hizo un silencio en medio del soliloquio de la lluvia... Paró un automóvil frente a la casa.

—Ahí está.

—¡Espera, Antonio!: voy por el paraguas.

—Deja, Gertrudis, deja.

Ya estaba en el soportal, riendo bajo los chorros del agua.

—Buenas noches, don Esteban. ¡Qué nohecita!

—Pero aquí está usted como si tal cosa. ¡Que le venga la nohecita con bemoles a su juventud!

—A mi amor, don Esteban, a mi amor.

—¿Oyes, Gertrudis?

—Sí, padrino. Me da miedo que te enfermes, Antonio, pero mira, ahora estoy muy contenta de que hayas venido.

Entraron. Era una pequeña casa del Vedado⁴¹ primitivo. Tras el jardín humilde enfilaban marcialmente, en orden y sin complicación alguna, los apartamentos, los cuales se comunicaban por enormes puertas pintadas de un azul alegre y chillón; del mismo azul que embadurnaban allá en lo alto las viguetas sobre las que corría atravesadamente la monomaníaca cosquilla de los alambres eléctricos. De día, la casa, toda amplia y clara, reposaba plácidamente en una siesta letal. De noche, toda honda, profunda, retumbaba de los ecos nocturnales, como si entraran en ella, fantasmagóricamente, los paseantes de la calle solitaria: como si la recorriera el amoroso vocerío de los árboles arrellanados en la oscuridad.

Don Esteban se retiró al comedor, a leer, según era su costumbre. En la sala, bajo la ventana, la pareja se acomodó en el sofá.

Antonio traía las manos frías y los ojos encendidos de un íntimo ardor. La humedad de la noche, voluptuosa bajo la larga y enervante caricia de la lluvia, ponía en su voz un vaho de pasión.

—Gertrudis, mi noviecita ideal, ¡qué ricos esos minutos a tu lado!
Ella, cogió sus manos.

41 Vedado es un barrio famoso en Cuba que se inicia a finales del Siglo XIX y alcanza su esplendor la primera mitad del siglo XX.

—Están heladas por la superficie; sin embargo, parece que llevaras una brasa en la palma.

Antonio deslizó su brazo izquierdo por detrás de la espalda y le atrajo la boca. Gertrudis, oprimida por los labios varoniles, vibró al conjuro del beso y agujijones de miel punzaron sus sentidos. Aún enlazados, ella se apartó para decirle:

—¡Qué bien te encontrarás sin la preocupación de los estudios! Ahora podrás venir todas las noches.

Él frunció el ceño y abandonó los brazos.

—Sí..., pero...

—Pero, ¿qué?

—Mira, Gertrudis, dejemos eso. Aprovechemos estos minutos tan deliciosos. Para entristecernos siempre habrá tiempo.

Ella preguntó, ya sin inquietud, sin pena, sin interés:

—¿Te vas para Santiago?

—Sí. ¡Figúrate! ¡Tres años sin ver a mi familia! Mamá me ha escrito. Debo ir, Gertrudis.

—¡Desde luego!

—¿Estás disgustada?

Ella parpadeó, como si se le desprendiera de la mente un pensamiento.

—No, ¿por qué? Es justo.

Callaron. Antonio, descontento de su actitud pasiva: él esperaba lágrimas, protestas, y no la fría aceptación de Gertrudis. ¡Si la mujer le quisiera menos! Y la abrazó, lleno de cobardía.

Gertrudis sacudió la cabeza, y buscó la boca del amado. El beso, así, nada más, no satisfizo a Antonio.

—¡Ni siquiera me ruegas!

—¿Qué? Ah, sí! Pero si tienes que irte. Es preciso. ¡Figúrate! Tres años sin ver a tu familia. Tu pobre madre deseará mucho el verte

—Pero, Gertrudis, ¿no sientes separarte de mí? ¿No sufres?

—¿Sufrir? Sí. Pero no tan grandemente.

—¡Cállate!

Don Esteban se incorporó en su sillón. El soberbio imperativo fue rebotando por toda la casa, y hasta los árboles en la calle, y los del fondo del patio, lo oyeron.

La lluvia pareció estremecerse y gemir en lo ancho de la noche. Después, hubo una calma en todo, y en el corazón de Antonio, Ger-

trudis acababa de sonreír dulcemente.

* * *

A las ocho de la mañana del día siguiente, Gertrudis subía al tranvía que bajaba para La Habana. Iba a entregar su trabajo. La joven tenía su pequeño negocio: hacía en su casa copias a máquina. Al principio le fue dura la tarea. La vida de Gertrudis, hasta entonces, era una vida como todas, poco más o menos, hija del ambiente, perfectamente anodina. Pero llevaba; sin embargo, la tristeza de su origen: huérfana al nacer.

Dos horas después de haber venido al mundo, su madre, comprendiendo que iba a morir, pidió que se la alcanzaran. Gertrudis evocaba siempre la penosa referencia: Su madre la besó en la frente, la miró un momento; un momento enorme que se hincaba en la muerte, abarcando la vida, y murmuró: ¡pobrecita! Empezaba el destino de Gertrudis.

En ella y en su hermana Charo, concentró el padre todo el amor que le tuviera a su querida ausente. En su afán por crearles un porvenir, adquirió una laringitis, que lo llevó, pocos años después, a la tumba. Don Carlos era profesor y daba clases en dos colegios y a domicilio. Gertrudis tenía entonces nueve años. Al amparo de su tío y padrino, don Esteban Solís, quedaron las dos huerfanitas. Charo tenía a la sazón doce años: vivió hasta apenas los dieciséis. Una traidora tisis galopante tronchó su existencia. Gertrudis estuvo junto a ella hasta el último instante, llena de rencor y de miedo, por las obsequiosidades que la muerte tenía para con su hogar.

A los catorce años, a Gertrudis le faltaban ya los puntales de su tierno corazón: madre, padre y hermana.

La vida ante ella, toda amplia y desolada: pecado y cruz; montaña y yermo.

La pensión que el Estado le daba a don Esteban, como veterano de la Guerra de la Independencia⁴², no le bastaba para las exigencias, cada vez más apremiantes, de Gertrudis. Entonces buscó trabajo y lo

42 La primera Guerra de Independencia o la Guerra de los Diez Años (1868-1878) contra España; la última contra el dominio español se inició con el «Grito de Baire» en 1895 y duró hasta 1898, finalizando con la intervención de los Estados Unidos.

encontró. Fue oficinista durante cuatro años. Supo de la ríspida brega; del poco sueldo y mucho trabajo; de la explotación; de la esperanza, siempre fallida, del ascenso; de los galanteos seniles de los viejos; de los requiebros precoces de los jóvenes; del tímido enamoramiento de algún pobre roído de miseria; de la envidia de las tituladas compañeras; del mal consejo de las llamadas amigas; de la mordida de la calumnia y la dentellada de la maldad; de la codicia y la ambición de todos; del atropello y halago del dinero; de la tentación y la injusticia humana escoltándola siempre: en la oficina, en la calle, en el tranvía, en la casa, en el pensamiento y en la carne rebelde.

¿Seguir siempre así? ¡No! Gertrudis había nacido con alas, y las alas, en la adolescencia de la mujer, se habían engrandecido, ensanchado, vigorizado. Esclavizarse a un sueldo mezquino arrastrar aquella vida monótona, trasegadora, no era hecho para ella. Gertrudis, como si el beso de su madre preagónica, reflejara su luz en el sendero ⁴³ abismal de su vida, se sentía con el ímpetu de la lanza, con ambiciones de guerrera, con curiosidad de exploradora. Y clavó en los ijares de su voluntad, su espoleante⁴⁴ anhelo de subir.

Emanciparse. Ganar, dinero por su cuenta propia, como lo hacían los hombres, economizar, reunir, abrir una libreta en el banco. Y después... «¿Qué vendrá después, padrino?» «Ya se te ocurrirá, hija, lo mismo que se te ha ocurrido todo esto». Y el tío don Esteban pasaba lentamente su mano cansada por la cabeza altiva de Gertrudis. Él que había temido tanto por ella, que tantas veces se doliera de su condición de mujer: «No podrá con el mundo», se decía, y ahora veía que de varón le habían nacido los arrestos y el coraje.

A veces, al buen hombre le venían fuertes deseos de educarla como a una loba, de hacerle el corazón en la barbarie. Esto le ocurría cuando las feminidades y la sensibilidad de Gertrudis le florecían como astros errabundos, en los ojos, en los labios y en las manos; puntos donde la onda se remansaba tan dulcemente, que don Esteban torturábase lleno de pavor: ¡Oh, Dios mío, qué mujer es!

Una tarde, Fonseca, un compañero de oficina, se acercó a hablar con Gertrudis.

Nadie sabía cuál era el nombre de pila de Fonseca, y, en verdad, no hacía al caso. Por su figura, por su manera comedida de vestirse y

43 *Árido* y son palabras que están incluidas en la versión 1930 pero no en la del 2008.

44 Neologismo

por su proceder, Fonseca era toda una persona decente. Quizás por esto no tenía ningún rasgo distintivo. Completamente vacío de personalidad, era un hombre de diario, esto es, un hombre de los que se ven todos los días en el tranvía, en el teatro y en los entierros. Un tipo corriente, de los miles que salen todas las mañanas a la calle. Tan incapaz de hacerle mal a nadie como de hacerle bien. No mataba, ni robaba, ni le quitaba la mujer al prójimo. Cumplía en su trabajo y no contraía deudas ni para servir a un amigo.

Desaprensivo en cuestiones de alta moral, era de una risible melindrosidad⁴⁵ en los detalles. Tenía en mucho que le llamaran hombre formal. Era buen hijo y buen hermano, y cariñoso y jovial —características muy criollas— con las mujeres.

Con todos estos defectos y medianas cualidades amén de no tener talento, Fonseca era escritor, mejor dicho, novelista. Fácil tarea era para él levantar el andamiaje de la trama, pero en la ornamentación había siempre delinquido por falta de gusto.

Lo que inspiraba confianza y simpatía en Fonseca era que, no obstante ser escritor, no hablaba mal de nadie. Era un signo de generosidad sentimental muy curioso, pues Fonseca no acertaba a hablar mal ni de sí mismo. Quizá por eso, aunque no tenía estilo, le había dado por creerse que escribía bien.

Aquella tarde, Fonseca le preguntó a Gertrudis

—¿Tiene usted máquina de escribir?

—Yo no.

—Yo puedo facilitársela ¿Quiere usted hacerme un trabajo? Remunerándoselo,

—¡Pues ya lo creo que sí!

—Se diría que deseaba usted recibir esta proposición.

—Verá usted..., es verdad. Quiero ganar dinero fuera del empleo.

—Muy bien; me felicito de proporcionárselo yo el primero. Tengo que hacerme perdonar de usted.

—En absoluto.

—¡Vaya! Ya sé que usted ha olvidado, pero me duele haberle hecho tontamente la corte.

—Hace mal en recordarlo siempre.

—Lo recuerdo, porque aún no he saldado la deuda con usted; en cuanto liquide este escrúpulo, lo olvidaré definitivamente, créame.

45 Neologismo

Era deber de mi vanidad enamorarla.

—Y ese trabajo, ¿qué es? ¿Cuándo debo entregárselo?

—Está usted impaciente por empezar

—No lo ocultó.

—Pues mire, son los originales de una novela. No tengo apuro. Le doy un mes y el derecho a pedir un nuevo plazo.

—Trato hecho.

—Aún no. ¿Qué debo abonarle?

—Usted sabrá mejor que yo.

—Yo no sé nada. Diga usted. Aprenda a defenderse. Es negocio, ¿sabe? Si me parece mucho, se lo digo y veremos.

—¿Cuántas cuartillas?

—Más que cuartillas, hojas largas; cuatrocientas bien contadas.

—¿Le parecen veinte pesos?

—Vaya, sea; veinte pesos.

—Gracias, Fonseca. Bien sabe usted lo que me apena verle esclavizado a este puesto, en vez de poderse entregar a su arte.

—Qué le vamos a hacer, señorita. Aquí los escritores, para poder comer, necesitamos trabajar de oficinistas, de mecanógrafos, de cualquier cosa que no sea nuestro oficio de las letras. Los conozco que tienen un garaje y un tostadero de café. Pero cuando pienso que no hay todavía ninguno de albañil, me consuelo.

—¡Eh! ¿Y su socialismo?

—No se asuste. Está bien que un albañil sea escritor, pero no que un escritor sea albañil.

—¿Por qué no intenta abrirse paso en la carrera diplomática?

—Sí, efectivamente, eso está dentro de mis ambiciones. Una cancillería, un consulado, me resolvería la situación. Veremos, veremos...

Fue por mediación del mismo Fonseca, que ella conoció a varios catedráticos de la universidad⁴⁶, que la ayudaron un poco, recomendándola a sus alumnos.

Gertrudis guardaba un recuerdo dulce y nostálgico de sus primeros pasos en el ríspido camino que se había propuesto recorrer. Con sus trabajos a los estudiantes había progresado mucho. Copias de un sin número de materias distintas llovieron sin cesar en su mesa; sobre todo en épocas de exámenes. Pasaba en limpio las tesis que

⁴⁶ La palabra Universidad con mayúscula en la primera letra se ha sustituido por universidad con la minúscula en el resto de la edición.

habían de ser presentadas en las oposiciones de grado de aquellas carreras que lo requerían en una forma redactada. Al principio, al abrirse los cursos, iba pasándole a la máquina a algunos «clientes» las lecciones que en forma de apuntes la llevaban. Si la asignatura era de letras o filosofía, ella ponía algunos aderezos a la prosa.

Esto le rindió un gran beneficio cultural. Fue cobrando, en aras⁴⁷ de su aguda curiosidad intelectual, una seria afición a estudiar analizando, a comprender observando y deduciendo. Discutía con aquella abigarrada y simpática clientela, que le ampliaba los conocimientos, transmitiéndole las explicaciones de los profesores y prestándole libros. Con algunas muchachas adquirió cierto grado de amistad: sus relaciones iban aumentando.

Su vida, estrecha y ceñida, como un vestido demasiado corto a una contextura demasiado desarrollada, se fue agrandando, tendiendo siempre a alcanzar las desmesuradas proporciones de su destino.

Era el suyo un esfuerzo ahincado, tenaz, sin reposo. Apenas llegaba a su casa a las cinco de la tarde, poníase a cumplir la tarea: su método era no acumular trabajo, tener siempre expeditas las horas para el que pudiera venir. Para ella no había sábados, domingos ni fiestas de guardar. Acostábase tarde, pues la lectura le ocupaba las horas de la noche.

Don Esteban la reprendía a diario:

—Vas a enfermarte; va a venirte una depresión nerviosa.

—No; no lo crea usted. Necesito hacerme mi porvenir, padrino.

—¿Y para qué esa prisa? La vida es larga, hija mía, para el porvenir siempre hay un mañana. para el presente no hay más que un hoy.

—¡Ay, padrino —y lo decía riendo—. Su teoría es destructora de la voluntad, como la poesía de Nervo⁴⁸.

—¿La poesía de Nervo? ¿La poesía más fecunda en la espiritualidad? ¿La que más impulsa el hombre a Dios?

—Una morfina, padrino, una morfina para las almas de naturaleza mística; Nervo está hecho para que lo lea la ancianidad.

—Porque es la ancianidad la que está más desprendida de la tierra.

—No siempre...

—¿Cómo?

47 Esta palabra fue cambiada a *aras* en la edición del 2008. Se corrige así el error tipográfico deslizado en la primera edición de 1929.

48 José Amado Ruiz de Nervo (1870-1919), poeta mexicano del Modernismo.

—Que no siempre, digo.. No ponga usted ese gesto de asombro, un poco desdeñoso. Usted cree que yo no sé sentir a Nervo; no, padrino, es lo contrario: lo sentiría, si me dejara a mí misma, tan completamente, que me perdería para mí y para el mundo. El optimismo espiritual, meramente espiritual, de Nervo, especula un poco con la vida. Yo tengo que vivir, ¿sabe usted? Tengo que vivir aunque Nervo no quiera, ahora, inminentemente. Sufro la necesidad de vivir, por mí, primero; por usted, después; por lo que ha de venir, en último término. Nervo es un refugio, Nervo me estorba ahora.

—Dices que tienes que vivir, primero por ti y después por mí. Explícate.

—Sí. Cuando usted oiga a alguna persona de mi edad decir, dándose aires de una prematura heroicidad que no se alcanza si no más tarde, que se sacrifica o vive por esto o por aquello: por el padre, la madre o el hermanito, el novio, en fin, por alguna de estas cosas que todavía son para esa persona un sentimiento irresponsable, lleno de puerilidad, diga usted que miente: que miente sin dejar un resquicio para que entre un poco de verdad. A esta edad nos hace vivir la razón puramente animal de vivir, la voracidad de la juventud. Se vive en la pobreza o en la riqueza, en la desgracia o la dicha, porque se tiene que vivir, y nada más.

—Ya me decía yo, que esas lecturas y escrituras te habrían de formar una bonita trastienda donde acumular desordenadamente reciticos literarios, que..., ¡vaya!, ¡vaya!, tú quieres que sean ideas originales.

—¡Padrino!

Rugió con fiereza, herida, poniéndose en pie de un salto. Le había nacido para no borrarle nunca una profunda arruga entre ceja y ceja. En las pupilas se le rasgó una abertura que se bifurcaba, allá en lo hondo, hacia el corazón y hacia el cerebro. Con amarga y dura expresión, profirió despaciosamente:

—Usted, claro está, puede pensar de mí lo que quiera.

Y continuaba en su áspera labor, con la sensación húmeda, fría, de luchar en una espantosa soledad. Don Esteban, el que estaba más capacitado en la vida para comprenderla, le había demostrado ya, de manera indeleble, la falta de fe en su talento.

Gertrudis, al oír las palabras, sintió por vez primera, el dolor de la idea: todavía nada más el dolor físico de la idea. Toda la parte superior

de su rostro se frunció bajo la engañosa sensación de una sacudida craneal, de una compresión encefálica. Si don Esteban le hubiera dicho que no la amaba ya, que no creía en su cariño, se hubiera llevado las manos clásicamente al corazón. El trastorno lo hubiera sentido allí; pero don Esteban dudaba de su pensamiento, de la validez de su inteligencia; y Gertrudis sintió la primera experiencia del dolor intelectual, afirmarse en la región frontal, precipitar sus hondas, hendiendo su inalterable placidez mental, hacia el cerebelo y estancarse allí en el sedimento amargo que había de concurrir a la elaboración y definición de sus actos en el mañana.

En la creciente soledad de sí misma, continuó, pues labrándose sus días. Logró reunir, con economías, una pequeña cantidad, que depositó en el banco.

Su negocio se fue ampliando. Después de Fonseca, otro novelista le trajo su manuscrito, encargándole en definitiva toda la labor editorial de la obra. La corrección de pruebas, la parte ingrata de luchar con el impresor, la no menos dificultosa y expuesta de colocar luego los volúmenes en la librería. Todo lo que fuera lanzar la novela, presentarla, y hasta hacerle la propaganda una vez puesta en circulación.

Gertrudis, un poco cansada y temiendo siempre a pesar de todo el *surmenage*⁴⁹, pidió dos meses de licencia en la secretaría; cuando tornó a la oficina, la seguridad de contar ya con algo considerable en el banco, la hizo sentirse más desligada de su puesto, menos supeditada al jefe, cumpliendo de un modo mecánico y preciso, como en una subalterna ejecución de su voluntad, sus labores de oficinista del Gobierno.

Meses después, conoció en la universidad a Antonio Bustillo, que iba a examinarse de derecho romano.

Antonio Bustillo, aunque era del sexo masculino, no era un hombre. Es verdad que tenía pocos años; pero los años no hacen hombre más que a aquel que lo va a ser de veras. Unas veces maduran un organismo, otras hacen momias: muy pocas caracteres.

Antonio Bustillo no era más que un joven simple. Un joven simple es algo fofo, blando, con la blandura de la gelatina, que no admite huellas. No sabe uno por dónde cogerle. A un hombre bueno se le coge por el corazón. A un hombre malo por el gástrico. A una persona decente por la mano. A un joven simple no se le puede agarrar por

49 Surmenage (francés), agotamiento

ningún lado.

Antonio, sin imaginación, sin ambiciones, sin vicios, llevaba una vida vegetativa. El que hubiera cursado una carrera y tuviera en su expediente universitario alguno que otro sobresaliente, no dice nada en su favor. La memoria hace milagros. La paciencia y la honradez de los hombres —y los catedráticos lo son— tienen su límite. El corazón humano es débil. Todo esto, aunque va en detrimento de la verdad, redunda en beneficio de los jóvenes simples.

El que, además, Antonio se hubiera enamorado como un curiel de Gertrudis, tampoco indica nada que merezca tenerse en cuenta. Nadie se enorgullece de que a cierta edad, le salgan barros en la cara.

En cuanto a Gertrudis, sintió protestar su corazón, más alto que nunca de la impiadosa soledad de su vida. Toda su feminidad se impacientaba por querer. Años hacia, además, que Gertrudis sentía en sus entrañas la sed de un beso de amor, y fue Antonio el que se le acercó en ese momento crítico. Como si se le hubiera acercado otro.

De improviso, como resultan siempre las cosas más esperadas, Antonio, terminada su carrera, le anuncia su marcha para Santiago de Cuba, y Gertrudis descubre, con tristeza, que la noticia no la hace sufrir; que una voz muy tímida quiere dar dentro de ella un hurra de libertad.

* * *

En el trayecto del Vedado a La Habana, decidió ir primero a casa de su tía Justina; era muy temprano aún para presentarse en casa de Federico Guzmán.

Gertrudis, en medio del profundo desencanto de sí misma, que le había producido la escena de la noche anterior con Antonio, sintió una imperiosa necesidad de sufrir. Era la suya una sed de dolor, un ansia de tortura que la enervaba; padecía ya, de anhelar un pesar con una fuerza íntima.

Estuvo por apearse del tranvía y andar a la deriva por las calles, en espera de un encuentro con alguien, de algo sensacional que redimiera a sus ojos su vulgar existencia.

La mañana era lluviosa. Tres días seguidos que ya aquel lagrimeo persistía. En las esquinas, muchachas pobremente vestidas, esperaban el tranvía, soportando con molestia la lluvia, esa lluvia, que actuando de manera diversa en el temperamento nervioso de Gertrudis, ejercía

sobre ella una atracción maléfica. Gertrudis hubiera querido tenderse en el suelo y que el agua la azotara a plomo todo el cuerpo. Aclaró el cielo por completo. Había llovido tanto, que aún habiendo escampado, goteaba todavía debajo de los árboles.

Gertrudis se apeó en una calle cualquiera, y anduvo largo rato hasta dar con la casa de la tía, bien distante de la línea tranviaria.

Las habitaciones —las dos únicas— ofrecían a la vista del recién llegado un aspecto complicado de muebles inservibles, ropas revueltas, personas apiñadas. Era inverosímil que aquella gente fuera de la familia de Gertrudis. Rama desgajada, apenas sujeta al viejo tronco de los Solís por el hilillo de voz de Justina: la hermanastra de don Carlos, el maestro, como todos le decían.

Allí iba Gertrudis a diario a beber, desde tan temprano, la hiel de una experiencia que le dolía no poco en la fe suprema de sus ideales.

En esta mañana, toda turbia y llorosa, se asomó al tugurio, con un secreto afán de acabar de una vez con todos y con ella misma.

La tía, toda la carne estropajosa, toda el alma roída de miseria, apenas silbaba su nombre con aquella voz tibia que repugnaba a Gertrudis, que le hacía el efecto de un hilo de agua babeante, hediondo, escurriéndose por la mugre de una roca.

—Gertrudis, entra, hija; aquí, batallando como siempre.

—¿Y tío Manuel?

—Detrás de alguna perra, seguramente

—Tía, ¡que la oyen los chicos!

—Que me oigan; han de vivir como yo, no como tú esperas para ti —añadió con rencor.

—¡Vaya, no se enfade usted, Irene!

En el otro cuarto, la mayor de los primos, mientras hacía la cama, amonestaba al segundo. Gertrudis se detuvo en la puerta. Había allí una humedad penetrante, que parecía filtrarse en los huesos. Apenas entraba, por una claraboya, un poco de la luz en aquella mañana gris.

Irene levantó los ojos hacia su prima. Gertrudis esperó la mirada, que le llegó extática, asombrada; los ojos de su prima parecían ojos que se hubieran parado en el comienzo de un camino inesperado.

—Tan temprano, ¿chica?

—Me desperté apenas apuntó el día, con más deseos que nunca de salir pronto a la calle. Tengo que llevar este trabajo a Guzmán, pero antes quise venir a verles. ¿Sermoneabas a Juan?

—Inútilmente, como todos los días.

—¿Pues, ¿qué hace?

—Defender a papá.

—Mujer, ¿le va a acusar?

Juan intervino:

—Irene es un erizo, Gertrudis. Porque ando siempre con papá, me regaña, y ha llegado hasta golpearme.

—¡Irene!

—No quiero que sea un golfo⁵⁰.

Juan gruñó:

—Seré lo que me dé la gana.

Irene se volvió toda encendida de una cólera consciente, a voluntad, y abofeteó a su hermano. Hubo un tumulto en los cuartos. Se levantó una algarabía de llanto, palabrotas y risas. A Juan le sangraban levemente los labios; a Justina le salivaban; a Irene le temblaban; a Gertrudis se le contraían, y a Félix, el enfermo olvidado en el rincón, le espumarajeaban incipientemente: todas las bocas vivieron una emoción distinta, todas se sintieron enemigas abriéndose como brechas por las que lanzaban su aliento, aquellos pobres seres envilecidos.

Gertrudis sintió llegar hasta ella todo el dolor que su ansia buscara en la mañana sola y gris. Se fue al rincón, con el deseo de aplacar a Félix. El muchacho la esperó desde el fondo de la habitación, con una congoja apagada en sus ojos.

—¿Cómo te sientes?

—¿Cómo quieres que me sienta viendo estas cosas? Y menos mal que no está papá.

Gertrudis cogió entre las suyas las manos blancas y trémulas del enfermo. Félix iba a cumplir diez y seis años: diez y seis padeciendo aquel raquitismo que heredara de la escrófula del padre.

—¿Quieres que te distraiga de esto?

—No, mujer; quiero hablar. Esto no es vida. Papá bebe y pega: vive de mujeres. Esto es lo que oigo. Yo odio a papá, y; sin embargo, le tengo lástima.

—¿Por qué le odias, Félix?

—Verás —y Félix tiritaba, como si en sus pobres miembros cayera la lluvia de la calle—, mamá lo dijo un día..., una noche. ¡Horrible! Yo no podía dormir... En la cama, mamá y papá discutían...

50 Golfo, deshonesto, pillo, sinvergüenza, holgazán según la RAE.

—Calla, primo, calla.

—¡Ah! ¡Tampoco, tú me quieres! Hace tiempo deseo decírtelo. Creo que si te lo digo me vas a querer más, a tener más lástima...

—¿Lástima?

—Sí; tu lástima me consolaría un poco. Sería distinta a la de los demás... Todo en ti es distinto.

—Vaya, Félix, estás febril.

—Tengo que decírtelo; si no, me ahogo. Oye: ¿sabes lo que decían ellos en la cama? —Papá: «vamos, mujer, no te niegues»; —y mamá: «no para que me hagas otro hijo como Félix; estás podrido, te come la roña. ¡Apesta! Vete».

Y Félix rió, con una risa que hizo temblar todo su cuerpo, produciendo en su garganta un ronquido que le hizo toser.

Acudió Justina.

—¿Qué haces ahí hablando? ¿No sabes que el hablar no se hizo para ti, enclenque?

Gertrudis se levantó. El trastorno de su pensamiento le produjo unas punzadas en las sienas. No pudo más. Huyó sintiendo clavarse en su espalda la mirada extraña de Félix, que parecía besarla y hierla, mientras el hipo sacudía grotescamente la carne precoz y enferma de su primo.

—Esto es lo que hay en el fondo de todo! —se decía—, horror, vicio, hambre. Sufría hasta la extenuación. ¡No poder lavarles el alma y los sentidos a todos! Y ese Félix, ¡quién lo creyera de Juan! Juan es libidinoso, como el padre; aunque es algo distinto, algo raro, no sé... Pero Félix ha despertado demasiado temprano. ¿Quién no con esa vida? ¡Irene! ¡Tanto como yo podía quererla! Irene es fría, hermética: su pensamiento es blanco, íntegro y puro como el mármol. Ha nacido para ser virgen, y quizá es lo que parece. ¿Por qué Félix me miraría así? ¿Por qué me diría que todo, en mí es distinto? No he de volver más, no; ¡no volveré!

Gertrudis subió a otro tranvía. Iría a casa de Guzmán: eran las once de la mañana. Buena hora. Entonces pensó que iba a cobrar una regular cantidad: 100 pesos. Llegó con su trabajo listo. La hicieron esperar en una sala desnuda de cuadros y cortinas, y casi sin muebles. Al fin Guzmán salió.

—Buenos días, señorita. Usted no se duerme sobre sus laureles. Verdaderamente no creí que eso estuviera tan pronto...

—Pues ya ve usted que he cumplido.

—¿Quiere usted pasar al saloncillo?

—Se lo agradezco, pero tengo que retirarme en seguida.

—Un momento, nada más, mientras yo le extiendo el cheque⁵¹. Hay aquí un señor y una señorita que podrían agradecerles. Quizá usted los conozca: Delia Miranda y Pedro Cruz:

—Ah, sí! Ella poetisa y el escritor.

—Ya sabía yo que usted había de conocerles. Pase.

—Bueno, un instante. No puedo demorarme.

Delia la examinó de arriba a abajo, detallándole la modesta indumentaria, a Gertrudis. Cruz se le acercó obsequioso. Se enteró de la copia que Guzmán tenía en la mano.

—La obra de Sudermann?⁵² Le habrá resultado muy aburrida la labor, ¿verdad, señorita?

Gertrudis sonrió imperceptiblemente, y, con gran calma, atajó la intención burlona de su interlocutor.

—¿Lo dice usted por la obra o por la copista?

De todos modos, sale usted perdiendo: si lo dice por la obra, porque demuestra no haberla comprendido: si por la copista, porque es un juicio —si eso es un juicio— aventurado.

Delia rió, con risa fuerte y seca. Sus ojos brillaron. Gertrudis creyó leer en ese relampaguear, como sucede en los anuncios lumínicos intermitentes, una frase que se encendió y se apagó en seguida. «Es lista, la chica».

Cruz no cedió. Empeñose en desconcertar a Gertrudis: le ofreció un cigarrillo.

—¿Fuma usted?

—Por costumbre, no; por condescendencia, sí.

Entró Guzmán. Gertrudis se puso vivamente de pie.

—¿Tan pronto se retira? —interrogó con sinceridad Delia.

—Señorita, yo no venía más que a entregar mi trabajo. El señor Guzmán me ha obligado a todo lo demás.

Delia sonrió con equívoca ironía.

—Y a soportar las impertinencias de Cruz, ¿también?

—No han sido impertinencias, han sido equivocaciones, señorita. Él no me conocía. Además, yo me he referido a la liquidación del trabajo. El señor Guzmán ha querido apurarse demasiado.

51 check en la edición de 1929.

52 Hermann Sudermann (1857-1928) novelista y dramaturgo alemán.

Señorita, es lo justo. Siento que no nos pueda usted acompañar más rato.

—Otro día será.

—Esperamos.

—Buenos días.

—Buenos días, señorita.

* * *

Por la noche, en la mesa, contó a su padrino y a su novio la jornada rendida. Antonio se iba a la mañana siguiente: era noche, pues, de despedida. Gertrudis estuvo más cariñosa, con algo de melancolía y de irreprimito silencio. Antonio, transido de dolorosos presentimientos. Los dos, con una secreta e inconfesable seguridad de que aquella separación distanciaba definitivamente sus rutas. Ninguno de los dos; sin embargo lo confesaba.

Afuera, la atmósfera se recrudecía en un frío todo cuajado de humedad.

Antonio se fue. Profundamente consternado, vagó toda la noche por las calles desiertas, por los parques solitarios, amortajados de neblina. Sintió la humedad de la hora prenderle a las pestañas los jirones de su gasa. En torno suyo, todo se iba perdiendo, borrándose en la nebulosa creciente. Los focos de luz ponían en la blancura láctea, manchones amarillos circundados de una leve claridad opalina, al rielar sobre lo blanco. Ni una línea, ni un contorno, ni una silueta.

Era lo inesperado, lo asombrosamente inesperado, pues allá, junto al mar, la atmósfera era transparente, con la transparencia líquida de los cristales limpios. Y aquí, la ciudad, no parecía la misma.

Surgía de pronto de la nube blanca un automóvil o un transeúnte, y se alejaba sin rastro, sin un espejismo en el inalterable vaho que, como bocanada de aliento, empañó el espacio todo.

Antonio, aterido, más que de frío, de soledad y de tristeza, se subió el cuello de la levita, y sumergió sus manos nerviosas⁵³ en los bolsillos. De vez en cuando, al cruzar junto a unos de aquellos kioscos del parque, una gota fría, una gota larga, espesa, perezosa, casi condensada, fluida, sin embargo, como una lágrima, caía sobre sus hombros, resbalando luego precipitadamente.

53 Esta palabra fue cambiada por temblorosas en la versión del 2008.

Algunos pordioseros hurgaban en los cajones de basura, la mano esquelética, temblona; los labios colgantes ásperos.

Y siempre la misma humedad, fría, la misma humedad infiltrándose por las aletillas de la nariz, traspasando las suelas de los zapatos, entrándose por los poros, y tendiéndose por los huesos felinamente, palpándolos, pegando a ellos sus cien bocas blandas que le va soplando a la médula algo que es ya como un airecillo friolento, que se acurruca entre molécula y molécula.

Dadas las cinco de la mañana, decidióse Antonio a ir a su casa. Le escribió una carta a Gertrudis, que luego rompió. Impaciente, incapaz de estarse quieto en una posición ni en una idea, se fue antes de la hora a la Estación Terminal.

Poco después, el tren resoplaba en la mañana trabajosamente.

OTROS TEXTOS

«LA CONSTRUCCIÓN DE UN HIJO»

La arena era el faldellín de la playa. El mar, translúcido, de un verde tierno. El sol lo acariciaba todo enervante, afrodisiacamente.

Las cabezas de los bañistas brincaban en el agua, en un pueril retozo. La tarde, en sus primeras horas, se abría hasta sus confines más inaccesibles. En la terraza del club el ocio mundano agitaba a las gentes.

Virginia se erguía con prestancia en la conjunción de la tarde, la arena, el sol y el mar. Los contornos audaces y rotundos de su cuerpo, la plasticidad de sus elementos integrales salvaban el riesgo pornográfico de la trusa.

Su paso diligente, firme; la arrogante indiferencia con que mostraba casi al desnudo toda su figura; la soberanía de sus modales sin etiquetas moralistas para la consideración del público levantaba ampollas en la envidia de las mujeres y pasmaba la hipócrita alarma de los hombres.

Intrigábales, sin embargo, la personalidad de Virginia, cuyo carácter tan libre se les antojaba de una insolencia inimitable. Cuando la veían hender las olas son su cuerpo a filo contra ellas, murmuraban, impotentes, de aquella manifiesta intimidad de la mujer y la naturaleza. Cuando salía al borde renuente de la playa, las líneas pujantes y plácidas de su cuerpo, horizontalizadas en la visualidad individual del paisaje, les removía en el comentario hiriente, sus secretos rencores.

Aquella tarde, Virginia seguía con su mirada limpia y persistente al joven *sportsman* cuyas atléticas proezas y perfección física, ocupaban la atención mundana.

Eduardo era un espécimen de la raza. Su record en todos los *sports*

era invencible. Su cuerpo, todo él de proporciones armónicas, elástico y recio, de una belleza genuinamente escultural.

Era el enérgico y victorioso domador de los elementos, de la fuerza resistente: motor, olas, corcel, garrocha. La singularidad de su belleza, la corrección modelo de sus formas, resultaban de una normalidad anormal entre los demás hombres.

Vivida y plástica, su figura irradiaba de esplendor físico, de salud prodigiosa, de estupendos valores estéticos y eugenésicos.

La gente comentaba, en su escandaloso asombro, la acometividad, perfectamente elegante, de Virginia.

Dorada por el orgiástico champán del sol, la joven saltó, ágil, sobre las riberas aguas del mar, y con paso ligero y surcador, se dirigió en línea recta a Eduardo.

—Deseo hablar con usted dos palabras.

—Lo que usted guste, señorita.

Sobre la playa, rubia y pálida, las comadreas alborotaron insidiosamente.

—Es para hacerle una proposición.

—¿Matrimonial? —preguntó Eduardo con azoro, ingenuo y malicioso.

—Precisamente, no. Científica, más bien.

—No entiendo de ciencia, señorita; pero en lo que pueda servirle...

—Pues sí que puede usted servirme, por eso me dirijo a usted.

—Y se trata...

—De que deseo tener un hijo con usted...

La gente sufrió un ataque de dignidad. La moral había recibido un saetazo envenenado y se desangraba en una hemorragia incontenible y pestilente. Todo el mundo se levantó como temeroso de que la virgen les asaltara.

Eduardo sintió que el bochorno le secaba las aguas del mar en la piel y en la trusa. El polvo de las sales le cosquilleaba el cuerpo. Reaccionó en plan de conquista vanidosa.

Sin darle tiempo a hablar, Virginia le espetó con voz clara e inalterable, la razón de su propósito.

—Hace tiempo que venía siguiéndole a usted la pista. Quiero tener un hijo, con fines exclusivamente maternos. Me afirmo para ello en un derecho que me dan la Vida y la Ciencia. Pero deseo un hijo perfecto, ¿me explico? Usted es un espécimen de la raza...

—Un semental...

—Duro, pero cierto. Eugenésicamente, es usted el hombre que me conviene. Me he enterado de su *record* en la universidad y en los clubs. He ido personalmente a estudiar su hoja de servicios, pudiéramos decir. Es usted el hombre que reúne las condiciones que yo exijo para la concepción de mi hijo.

—Estoy a sus órdenes, para cuando usted guste.

—Un momento: especifiquemos las bases del contrato, porque ya usted comprenderá que esto es un mero contrato.

—Usted dirá.

—Nada de compromiso amoroso.

—Entendido.

—Sí; pero, ¿aceptado? Piénselo bien.

Después cada uno seguirá su rumbo en la vida. Yo he de embarcarme la próxima semana. Escribiré a usted si la experiencia ha dado resultados. Libertad absoluta. ¿Acepta usted?

—Acepto. Honrado y encantado de su selección.

La playa estaba desierta. Virginia miró serenamente a la engañosa ficción del horizonte, que se había bebido el sol.

Le pareció que descubriría un mundo virgen en las profundidades soberbias de la Naturaleza.

—Bien; se lo agradezco profundamente. Esta noche nos iremos a la ciudad. Le invito a usted a comer y al teatro. Nos separaremos mañana.

II

La amplia sala de la Audiencia se desbordaba de público. Había una enorme expectación. Jamás se le había presentado a los señores magistrados un caso más extraño y difícil, como que la ley, arcaica, derrengada por falta de vitalidad, no había previsto semejante problema jurídico en los tiempos de su mocedad. «El mundo anda revuelto, —pensaban los magistrados— pero a nosotros nos toca velar por él, conducirlo».

Estas cosas de los tiempos nuevos eran incomprensibles a la moral de sus viejos tiempos. La necesidad en que estaban de fallar inapelablemente, les había despabilado del sueño consuetudinario de sus normas legislativas.